

AGOSTO 2016

Cien años de intereses marítimos en nuestro país

Por Javier Valladares

Hace un siglo, la aproximación al conocimiento se hacía por disciplinas; racionalmente cada profesión abordaba sus áreas de incumbencia específicas y brindaba a la sociedad aportes que, superando lo meramente teórico, comenzaban a focalizarse en las necesidades que la elite intelectual apreciaba como necesarias para transitar el camino del desarrollo.

Pero el tiempo, inseparable compañero de la humanidad, transcurrió, y con él los desarrollos tecnológicos fueron transformando nuestro mundo. El físico Michio Kaku¹ recientemente presentó cuatro grandes olas tecnológicas asociadas con la generación de riquezas y el bienestar general: la primera fue la máquina a vapor; la segunda, la electricidad; la tercera, la aparición de las computadoras y la denominada alta tecnología; y la cuarta, que ese autor ubica en el presente, la vinculada con la inteligencia artificial, la nanotecnología y la biotecnología. Independientemente del lugar geográfico que ocupemos en el planeta, del nivel de desarrollo que haya alcanzado nuestra sociedad, o de los recursos disponibles, nadie puede ser ajeno al tremendo impacto que cada una de estas olas tecnológicas tuvo y tiene en nuestra vida cotidiana.

Estamos usufructuando un mundo que aun con tremendas desigualdades y con más pendientes que cumplimientos, igual nos permite disfrutar una de las épocas más pacíficas de la historia con la máxima expectativa de vida, y con múltiples señales esperanzadoras para un futuro, no sencillo ni fácil de alcanzar, pero sí modelable hacia un deseo cada día más compartido por la mayoría de la humanidad, de paz, libertad, desarrollo y felicidad.

* Disertación en el marco de la sesión académica “Desafíos de la Argentina en el mar”, el 9 de agosto de 2016, organizada conjuntamente por el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales y la Academia del Mar con motivo del centenario de las conferencias de Segundo Storni y del día de los intereses marítimos argentinos.

CONSEJO ARGENTINO
PARA LAS
RELACIONES
INTERNACIONALES

Uruguay 1037, piso 1°
C1016ACA
Buenos Aires
República Argentina

Tel. +5411 4811 0071
Fax +5411 4815 4742

cari@cari.org.ar
cari.org.ar

Las opiniones expresadas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de sus autores y no reflejan necesariamente el pensamiento del CARI.

Durante el devenir del siglo XX e inicios del XXI, la humanidad se debatió entre tremendos conflictos y crisis que sembraron presente y futuro con incertidumbre, en la mayoría de los casos, talladas por vertiginosos cambios tecnológicos, últimamente asociados con la ingeniería genética y la digitalización. Pero permítanme llamar la atención en alguno de estos temas relacionados con el mar, comúnmente generalizados como intereses marítimos, que por ser más subliminales y pese a no estar identificados como traumáticos, realmente tienen implicancias que ameritan atraer aún más la atención hacia el mar.

La complejidad de la naturaleza

Si bien muchos autores fueron resaltando la importancia de salir de los nichos compartimentados de cada disciplina e intentar el abordaje a la complejidad desde múltiples direcciones y formas, fue el francés Edgar Morin quien los formateó de un modo diferente en su obra “Los siete saberes necesarios para la educación del futuro”, donde resaltó la necesidad de salir del error y la ilusión generada por la especialización extrema y de promover el conocimiento con un enfoque interdependiente y global. Morin nos invita a comprender la

complejidad de la condición humana desde múltiples enfoques: físico, biológico, psíquico, cultural, social e histórico, e identificarnos como habitantes de nuestro planeta, tomar conciencia de la incertidumbre y desde los conceptos de individuo-sociedad-especie elaborar una nueva ética donde aflore la “conciencia planetaria”.

También el sociólogo Immanuel Wallerstein² dijo que no existen monopolios de la sabiduría ni zonas de conocimientos reservadas a las personas con determinados títulos universitarios.

En nuestro país, Silvio Gesell (padre del fundador de la ciudad veraniega) habló de la necesidad de elaborar una economía natural, en donde “un hombre realmente libre es un hombre solidario”.

Más recientemente, el Papa Francisco lo hizo también en su encíclica “Laudato Sí”, presentando la compleja pero ineludible vinculación del hombre con su especie y con el planeta, en su rol de colaborador responsable del Creador.

La complejidad de los espacios

Con otra línea argumental, el francés Marc Augé nos presentó en su obra “Los no lugares,

espacios del anonimato” la caracterización de dos espacios bien diferenciados. Unos denominados “lugares”, generalmente asociables con las ciudades, donde cada sociedad desarrolla su propia identidad cultural, y el otro identificado como “no lugar”, donde se dejan de lado en cierta medida las identidades individuales en pos de adoptar condiciones más aptas para confrontar la diversidad y la incertidumbre propias de la complejidad. A estos “no lugares” se llega alejándose de la identidad común de un “lugar”: para explorar fuera de él, para tomar riesgos diferentes a los habituales o para entrar en movimiento o tránsito hacia otro “lugar”.

Podemos darle una interpretación a estas ideas de Augé y darnos cuenta de que buenos ejemplos de espacios en movimiento son los ámbitos fluvio-marinos (no solo por la dinámica propia de los fluidos).

Al salir de un espacio de identidad seguro y estático, que se lo podría asociar a las características de cualquier ciudad, pasamos a un espacio asociable con la idea de movimiento mucho más vinculado con la “complejidad”, donde se produce el pasaje o delegación del individualismo hacia conceptos de equipo (o tripulación), globalización, riesgo e incertidumbre. Todas características que

podríamos fácilmente vincular con cualquier actividad desarrollada en ríos y mares, tales como la gente de mar, los navegantes deportivos, los pescadores, los trabajadores marítimos, los integrantes de las fuerzas de seguridad o de la defensa, los administradores de recursos o servicios costeros y oceánicos, o incluso también podríamos incluir a los turistas que viven su relax anual frente a cualquier playa.

El mar nos enseña y demanda que para navegarlo debe haber planificación; pocos espacios o ámbitos como el mar son tan claramente dependientes del trabajo grupal. Subordinar identidades en pos de un equipo resulta una condición fundamental para alcanzar objetivos complejos y/o atravesar la incertidumbre de lo desconocido o de lo escasamente conocido.

Esto es algo que muchos de nosotros estamos haciendo cada vez con mayor frecuencia, nuestra curiosidad y la tendencia a socializar, nos invita constantemente a tomar riesgos para descubrir algo nuevo, para aprovechar nuevos recursos, para complementar las capacidades de una región con las de otra. Cada vez que salimos del confort de nuestro lugar estamos aceptando unas condiciones necesariamente distintas para afrontar la

complejidad que impone lo global, llegando incluso hoy en día a que cada vez más personas prefieran y adopten como su ámbito de vida estos espacios de la globalidad.

El mar resulta así asociable con los denominados “no lugares” y nos estaría de este modo induciendo, entonces, a desarrollar una nueva identidad, en este caso combinada, que nos permita transitarlo y eventualmente habitarlo. Nos demanda adaptación para vincular el lugar de salida con el de llegada y para afrontar lo desconocido. Esta nueva identidad es lo más próximo que podemos asociar con lo que hoy muchos mencionan, pero aún no se acuerda una definición, como Cultura Global.

El mar visto como formador de cultura

Así resulta que la cultura global es integradora de las identidades de origen, pero también resulta influenciada con las identidades de destino e impregnada con necesarios comportamientos asociados con la propia dinámica de un medio, el marino, lleno de incertidumbres pero al mismo tiempo iluminado de esperanzas.

Por la división de los saberes, cuando hablábamos de intereses marítimos no todos entendíamos lo mismo, y cada uno miraba hacia

su propio sector de pertenencia o vinculación buscando la seguridad o impunidad de su propio nicho de oportunidades. Pero el mar, como acabamos de analizar, siempre estuvo clamando por otro enfoque, uno más interdisciplinario, más complejo, más demandante del “trabajo en equipo”. Desde hace mucho tiempo los que así lo entendieron tomaron la delantera en el camino al desarrollo.

Recién en estas primeras décadas del siglo XXI estamos, como humanidad, comenzando a entender y a abordar la complejidad del mundo global. El mar es el ámbito que por sus características nos está enseñando cómo hacerlo, funcionando como un crisol donde se está forjando una nueva identidad, portadora de una nueva cultura global.

Quizás un día no muy lejano veamos a todo nuestro planeta como un “lugar”, en la concepción de Augé, y necesitaremos valernos de lo aprendido en el proceso de globalización enseñado por el factor marino, para animarnos a saltar a un nuevo “no lugar” espacial, en busca de nuevos “lugares”.

Asumir la complejidad de un mundo global es el mandato generacional de esta época.

El futuro entonces ineludiblemente será cooperativo, compartiendo valores

transculturales, será planificado para minimizar los riesgos asociados con las incertidumbres, será dinámico para intercambiar experiencias y recursos y estará inmerso en una corresponsabilidad ética desarrollada a través de esta incipiente cultura global.

Para que esto sea posible deberemos superar las amenazas a nuestra libertad y minimizar vulnerabilidades, tales como la competitividad desproporcionada, la indiferencia y la corrupción sobre los valores éticos, que deberían prevalecer en esta naciente sociedad global.

¿Cómo hacerlo? Comenzando en los “lugares” y “no lugares” de nuestro interés

Sin dudas, futuro es sinónimo de mar, nuestra civilización depende de él y nuestro país es parte de este proceso.

Los siguientes son pasos de ineludible implementación:

- Empleando el conocimiento y las capacidades tecnológicas con un enfoque interdisciplinario y sistémico.
- Estimulando la plena participación de los sectores gubernamentales, académicos y la sociedad civil para procurar alcanzar un desarrollo sustentable y sostenible tanto para nosotros como para las futuras

generaciones.

- Complementando el sector público y el sector privado.
- Implementando un proceso de Planificación Espacial Marina para todo nuestro litoral, para apoyar una gestión coordinada pero descentralizada y con la mayor participación comunitaria posible.
- Expandiendo la investigación, exploración y los sistemas de observación sobre indicadores especialmente seleccionados para permitir la evaluación continua y prestaciones de servicios en apoyo de toda actividad que se realice en relación con el mar, las costas y sus recursos. Mayor observación oceánica, mejor modelación y más y mejores servicios oceánicos.
- La ciencia oceánica es compleja y cara, multijurisdiccional y multidisciplinaria; por este motivo no debe ser abordada sectorialmente.
- Extrayendo del mar alimentos, minerales y energía en forma sustentable y sostenida.
- Permitiendo que el mar brinde un eficiente y seguro medio para el

transporte de bienes y nos ofrezca importantes servicios ambientales.

- Mejorando la gestión y la coordinación de los temas marinos, planificando en forma integrada inicialmente para lo inmediato, en tanto se puedan encontrar los consensos necesarios para evitar las competencias sectoriales y la duplicación de esfuerzos. Procurando alcanzar un marco legal que contemple las relaciones entre puertos, vías navegables, pesca, energías, y todas las múltiples actividades que se desarrollan en relación con los ámbitos fluvio marinos. Elaborando una política oceánica, nacional y regional.
- Desarrollando una evaluación económica de las actividades relacionadas al mar y las costas, para evidenciar la real magnitud de participación en el PBI nacional y el compromiso laboral que tiene dentro de nuestra sociedad.
- Adoptando nuevas formas de gobernabilidad para los espacios marinos (áreas marinas protegidas, zonas de veda o de explotación, espacios internacionales fuera de la jurisdicción nacional, espacios asociados con la globalidad tales como los comprendidos en tratados y convenios internacionales: Antártida, alta mar, los

calificados como patrimonio común de la humanidad, entre otros.

- Iniciando un proceso de manejo costero, integrando y superando las fronteras administrativas o temáticas.
- Estableciendo un sistema de respuesta ante emergencias oceánicas.
- Fuera de nuestros espacios jurisdiccionales, evaluar el establecimiento de una Zona de Gestión Compartida, para la protección de la biodiversidad, el seguimiento del cambio climático global, la evaluación continua de la salud del océano, la adopción de las mejores prácticas para alcanzar una pesca sustentable, la explotación de recursos con responsabilidad social y ambiental, que nos permita el desarrollo para la región.
- Cambiando los muy utilizados conceptos asociados con el Control, muy complicado de implementar especialmente cuando no se dispone de capacidades y de recursos adecuados, por una nueva opción que podríamos asociar con: "Responsabilidad regional, inmersa en los valores éticos de la naciente cultura global, pero preservando los elementos de identidad

e intereses brindados por nuestra sociedad”.

Todos estos pasos han sido pensados para proyectar el mejor futuro deseado para nuestra sociedad, la región y el planeta.

Agradecemos la colaboración de Josefina Pell Richards para la publicación de este artículo

Javier Valladares / Licenciado en Oceanografía.
Vicepresidente de la Academia Argentina del Mar y del Instituto Tecnológico de Buenos Aires (ITBA).

Referencias:

- (1) Port Technology (2016): “Why Humans Resist Technological Innovation”, 1/07/2016. Disponible en https://www.porttechnology.org/news/why_humans_resist_technological_innovation/?utm_source=Port+Technology+Newsletter&utm_campaign=eee438dba4-PortTechnology_Daily11_07_2016&utm_medium=email&utm_term=0_89349292d5-eee438dba4-235025057 (último acceso 4 de octubre de 2016).
- (2) Wallerstein, Immanuel (1998): *Impensar las Ciencias Sociales*. México. Siglo XXI;
Wallerstein, Immanuel (2001): *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*. México. Siglo XXI.

Para citar este artículo:

Valladares, Javier (2016), “Cien años de intereses marítimos en nuestro país” [disponible en línea desde octubre 2016], Serie de Artículos y Testimonios, N° 131. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at131.pdf>